



Memorias y narrativas del movimiento estudiantil de 1968 en México: a 50 años

Memories and narratives of the student movement of 1968 in Mexico: after 50 years

Jorge Mendoza García

Universidad Pedagógica Nacional, México

Resumen

Hace 50 años en México se desarrolló un movimiento estudiantil que concluyó en tragedia: en la matanza del 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. En este trabajo se aborda el suceso medio siglo después, argumentando los siguientes elementos: i) algunos sucesos en el desarrollo del movimiento; ii) se exponen las perspectivas de la memoria colectiva y de la narrativa como abordajes de la vida social; iii) asimismo, se argumenta la narrativa como una manera de trabajo de los movimientos sociales, donde el significado de lo humano es clave; iv) retomando entrevistas hechas a participantes del movimiento y jóvenes que asisten a algún acto de conmemoración, se reconstruye narrativamente el significado del movimiento de 1968, lo cual se hace a través de tres ejes o categorías: a) momentos de 1968; b) a 50 años de 1968: cambios y ecos, y c): qué significado tiene el movimiento de 1968.

Palabras clave: **Memoria; Narración; Movimiento de 1968; Reconstrucción**

Abstract

50 years ago, in Mexico, there was a student movement developed which ended in tragedy: the massacre on October 2, 1968, in the Square of the Three Cultures (Mexico City). This paper presents an approach to the event 50 years later, arguing the following elements: i) some incidents in the development of the 1968 movement; ii) the perspectives of collective memory and narrative as approaches to social life are exposed; iii) also, the narrative is argued as a way of working of social movements, where the meaning of the human is key point; iv) taking up interviews with participants of the movement and young people attending an event of remembrance, the meaning of the 1968 movement is reconstructed narratively, which is done through three axes or categories: a) moments of 1968; b) after 50 years of 1968: changes and echoes; and c): what is the significance of the 1968 movement?

Keywords: **Memory; Narrative; 1968 Movement; Reconstruction**

2 DE OCTUBRE NO SE OLVIDA

El 2 de octubre de 1968 se llevó a cabo una matanza estudiantil en Tlatelolco, la primera registrada en el México moderno. Las balas salieron de dos grupos, el ejército y un grupo paramilitar llamado Batallón Olimpia. Estos últimos se encontraban apostados en el edificio habitacional Chihuahua, lugar donde estaban los oradores del mitin que en ese momento se realizaba en la Plaza de la Tres Culturas, Tlatelolco, al norte de la Ciudad de México. El ejército, por su parte, se encontraba en la Plaza. Entre las 5-6 de la tarde varias luces de bengala cruzan el aire, como señal para que las balas sean disparadas. Se detiene a los asistentes en el cuarto piso del edificio Chihuahua y en la Plaza caen innumerables muertos.

1968 es el año de movilizaciones juveniles en varias partes del mundo, de la resonancia de la guerra de Vietnam rondando Latinoamérica, del espectro del Che Guevara impregnando camisetas, mantas, ideologías y movimientos sociales, y también el año de la fuerte y marcada protesta juvenil y estudiantil en el México contemporáneo. Su eco, cincuenta años después, se hace sentir. Lo que derivó en un movimiento de amplio espectro y resonancia nacional, en términos sociales, políticos y culturales, tuvo un inicio que se ha denominado accidentado e incierto (Guevara, 2004), pues basta mirar la cantidad de movimientos estudiantiles que se desarrollaron a inicios de los años sesenta, y su culminación mediante la represión y la toma de las instalaciones universitarias por parte de la policía o el ejército (De la Garza, Ejea y Macías, 1986).

Pese a ello, se ha cifrado el inicio del movimiento estudiantil en julio de 1968, específicamente el 22 de julio, cuando hay un enfrentamiento entre dos grupos de jóvenes, estudiantes de una preparatoria particular y una vocacional, del Instituto Politécnico Nacional (IPN). La fuerza pública agrede a los grupos y hay confrontación entre estudiantes y granaderos. La oficialista Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET) convoca para el día 26 a una marcha para protestar contra la represión, la cual confluye con una manifestación de grupos de izquierda que conmemoran el aniversario de la Revolución Cubana. Un grupo de estudiantes se dirige al centro de la ciudad, es interceptada por los granaderos y se desata la trifulca, resultando varios heridos y arrestados varios manifestantes. El entonces

estudiante de psicología, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Luis González de Alba, señalará que había piedras en los botes de basura del centro de la ciudad (González, 1971), como una señal de provocación. El 30 de julio se incrementa la represión, el gobierno muestra así la ruta que tomará: soldados toman algunas instalaciones de la UNAM y del IPN, tanques y jeeps equipados con bazookas se mueven hacia las escuelas, y en un ataque destruyen la puerta de la preparatoria 1 de la UNAM, ubicada en el centro de la ciudad.

El 31 de julio el rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, protesta por la intervención militar en las instalaciones de la máxima casa de estudios. Por su parte, el dirigente sindical oficialista, dirigente de un sector del gobernante Partido Revolucionario Institucional (PRI), Fidel Velázquez, declarará que las hostilidades:

Han sido dirigidas y encabezadas por agitadores profesionales de los más variados matices que obedeciendo consignas extrañas persiguen alterar el orden público y minar la autoridad del gobierno de la República, que no solamente está atento a las necesidades del pueblo, sino que ha dado pruebas de su preocupación constante por elevar la educación y la cultura de la juventud mexicana. (Ramírez, 1969, p. 177)

El 1 de agosto el rector de la UNAM encabeza una manifestación por el sur de la ciudad en la que participan unas 80 000 personas, declarando: “afianzaremos no sólo la autonomía y las libertades de nuestras casas de estudios superiores, sino que contribuiremos fundamentalmente a las causas libertarias de México” (Ramírez, 1969, p. 179). Por su parte, en Guadalajara, el presidente Gustavo Díaz Ordaz expresará: “una mano está tendida [...] Los mexicanos dirán si esa mano se queda tendida en el aire” (1968 una cronología, 1998, p. 4).

El 2 de agosto se crea el Consejo Nacional de Huelga (CNH), con integrantes de la UNAM, del IPN, después se incorporarán estudiantes de las Normales Rurales, de Chapingo, de El Colegio de México, de la Universidad Iberoamericana, de la Universidad La Salle y algunas universidades del interior del país. El 4 de agosto se formulan las demandas, que luego se conocerá como pliego petitorio: 1. Libertad a los presos políticos (los detenidos durante el movimiento); 2. Derogación del artículo 145 y 145 bis del Código Penal Federal (en que se establece la disolución social); 3. Desaparición del cuerpo de granaderos; 4. Destitución de los

jefes de la policía (que habían estado al frente de la represión); 5. Indemnización a las víctimas de los actos represivos, y 6. Deslinde de responsabilidades de los funcionarios involucrados en los actos de represión. Importante es que, para dar solución a este pliego, se demandaba un diálogo público: que hubiera una discusión abierta sobre esos temas. Para el día 8, se calcula que hay unos 150 000 estudiantes y profesores en lucha. Se suman a la huelga diversas universidades como las de Sinaloa, Baja California y Tabasco, las normales rurales y el Tecnológico de Veracruz. Agosto 13, se realiza una manifestación del Casco de Santo Tomás (IPN) al Zócalo: se calculan unos 200 000 manifestantes. El Consejo Universitario de la UNAM apoya las demandas estudiantiles. El grupo derechista Movimiento Universitario de Renovada Orientación (MURO) de la UNAM habla de “agentes del castrismo” infiltrados en el movimiento (1968 una cronología, 1998).

El 27 se realiza una marcha en que se calcula una asistencia de 400 000 personas. En el Zócalo se iza una bandera rojinegra, quedando una guardia en el sitio, que es desalojada en la madrugada por el ejército, la policía y los bomberos. Al día siguiente se realiza una ceremonia oficial en el Zócalo, en “desagravio a la bandera”, llevan como acarreados a los burócratas, quienes gritan: “somos borregos, beee, beee”, esta protesta también es acallada por los granaderos y el ejército. Fidel Velázquez, declara: “cualquier medida que tomen las autoridades para reprimir la actual situación está plenamente justificada y será respaldada por el pueblo y creo que ha llegado la hora de tomarla” (1968 una cronología, 1998). Septiembre 1: en el informe de gobierno, el presidente declara que hay un intento por boicotear los Juegos Olímpicos, que inician el 12 de octubre. El 13 de septiembre se realiza la manifestación del silencio, se calcula que 250 000 personas acuden al Zócalo. Septiembre 18: el ejército ocupa Ciudad Universitaria, y el 24 ocupa el Casco de Santo Tomás (Ramírez, 1969).

Octubre 2: jóvenes, adultos, mujeres, ancianos y niños son masacrados por el ejército y el grupo paramilitar Batallón Olimpia. La emboscada se ha dispuesto de antemano para no permitir la salida de ningún asistente, se calcula que acuden unas 10 mil personas, como resultado hay centenares de muertos y heridos.

DE MEMORIA COLECTIVA Y NARRACIÓN

La memoria colectiva es ese proceso de reconstrucción de un pasado vivido y/o significado por un grupo, sociedad o colectividad (Fernández Christlieb, 1991), se trata de una perspectiva inaugurada en 1925 por Maurice Halbwachs, quien escribió tres trabajos al respecto: *Los marcos sociales de la memoria* (1925/1952), *La topografía legendaria de los Evangelios en Tierra Santa* (1941/2008) y un libro póstumo *Memoria colectiva* (1950/1968), que es publicado después de su muerte en un campo de exterminio nazi. En esos trabajos es el grupo, y no el individuo, la entidad que recuerda, y es el significado, y no el dato, lo que se recuerda, es decir, no el suceso sino lo que significa el acontecimiento para un grupo o colectividad. En tal sentido, son los grupos los que nos señalan que ha de ser relevantes para nosotros, y lo hace a partir de lo que el autor denominó marcos sociales, como el tiempo, el espacio y el lenguaje.

No recordamos solos, sino con ayuda de los recuerdos de los otros, pues los recuerdos propios se edifican sobre la base de los recuerdos de terceros. Ocurre con cierta frecuencia que los recuerdos que uno considera propios en algún momento se han tomado de otros: “nuestros recuerdos se encuentran inscritos en relatos colectivos que, a su vez, son reforzados mediante conmemoraciones y celebraciones públicas de acontecimientos destacados” (Ricoeur, 1999, p. 17). Según este planteamiento, los recuerdos, por personales que sean, de sucesos de los que hemos sido los únicos testigos, incluso aquellos de pensamientos y de nociones aparentemente propias, pero que otros también poseen, de grupos, lugares, fechas, palabras y formas del lenguaje, “se evocan con toda la vida material y moral de las sociedades de las cuales formamos o hemos formado parte” (Halbwachs, 1925/1952, pp. 51-52). En efecto, la memoria se construye sobre la base de relaciones con otras personas, con sitios, fechas y significados que se delinearán socialmente. Asimismo, el recuerdo social es una actividad íntimamente marcada por un sentido del pasado, en tanto que es una actividad que caracteriza y da forma a las identidades personales y grupales. En ese sentido, la memoria colectiva, o el recuerdo social, puede entenderse como la evocación colectiva de un pasado común y la conmemoración de acontecimientos que pueden ser previos a la

experiencia de cada uno y, de alguna manera, es conformada por el modo en que se ordena el mundo de las cosas, también denominados artefactos, como las fotografías, los souvenirs, ciertas prendas, libros, documentales y otros objetos significativos que interpelan a las personas y remiten a los recuerdos (Fernández Christlieb, 2003; Soto, 2017).

Ahora bien, por marcos sociales puede entenderse "un sistema de algún modo estático de fechas y lugares, que nos los representaríamos en su conjunto cada vez que deseáramos localizar o recuperar un hecho" (Halbwachs, 1925/1952, p. 175). De esos instrumentos hace uso la memoria para reconstruir una imagen del pasado acorde con los pensamientos de la sociedad. Para ubicar un recuerdo, algún suceso que a un grupo aconteció, a diferencia de lo ficticio, hace falta situarlo en puntos de referencia, lo cual ofrecen los marcos sociales a la memoria. El espacio y el tiempo permiten contener nuestras percepciones y recuerdos: una memoria que careciera de marcos, carecería de fronteras claras con respecto a la fantasía y, en consecuencia, no podríamos saber si estamos ante un recuerdo o ante algo que imaginamos (Ramos, 1989). Similar argumento sostiene Paul Ricoeur (1999), al advertir diferencias entre imaginación y memoria, pues mientras la primera se despliega en el terreno de lo irreal y de lo posible, la segunda, en cambio, lo hace sobre la base de lo que aconteció, de lo sucedido. Al final, puede traerse a colación una frase contundente de Halbwachs (1925/1952, p. 107): "no existe posibilidad de memoria fuera de los marcos utilizados por los hombres que viven en sociedad para fijar y recuperar sus recuerdos".

Empíricamente, podría pensarse en lo sucedido el 2 de octubre de 1968 en la plaza de Tlatelolco en México: tiempo y espacio ahí confluyen. Una fecha de tragedia, porque ese día se masacró a estudiantes que participaban de una reunión pacífica en el marco del movimiento estudiantil más sonado en la segunda mitad del siglo XX mexicano. Se llevó a cabo dicha masacre en una plaza legendaria, con mucha memoria: Tlatelolco, sitio de largo raigambre y dolor. Al paso de los años, cada 2 de octubre ahí se realiza una concentración y desde ahí parte una marcha: acto de memoria, reiteración del recuerdo. Tlatelolco es un lugar de memoria. Las actividades que se realizan en torno a esa

fecha y lugar, en conjunto, constituyen prácticas sociales de la memoria.

En tal sentido, el pasado, por virtud de la memoria, se trae al presente (Piper, 2005). La memoria colectiva, en tanto proceso de grupos que interpelan la realidad pasada y presente, mediante sus significaciones, tiene una ruta, un eje para mantenerse: la comunicación, y suele cobrar la forma de narración o de relatos. Las cosas fundamentales y significativas de la vida suelen cobrar la forma de relatos, de narraciones, cuando se nos interroga al respecto. Al querer comunicar ciertas situaciones sobre nuestras propias vidas o sobre acontecimientos en que hemos estado o vivenciado, solemos recurrir a las narraciones para hacer inteligible lo que queremos decir, esto es, lo que comunicamos cobra la forma de relato. Narrar es contar con cierto significado (Gómez, 1985). Narración remite, etimológicamente, a saber, de un modo, un modo de conocer y de comunicar (Bruner, 2002/2003). Que es lo que señala, asimismo, Hayden White (1987/1992, p. 17): narrativa, narración, narrar, derivan del latín *gnarus* que significa conocedor, familiarizado con, experto, hábil; y del *narro*, que es relatar, contar, cuya raíz es conocer. Remite, de algún modo a lo conocido, a hacer cercano o familiar lo expresado.

Las narraciones son: i) formas de discurso y un modo de organizar la experiencia; ii) son inherentemente secuenciales. La narración consta de una secuencia singular de sucesos, estados en los que participa la gente, sea como personajes o como actores. El significado de tales componentes está dado por el lugar que ocupa en la configuración global de las secuencias, esto es, su trama o *fábula*; iii) las narraciones remiten al mundo, el sentido y la referencia de un relato están relacionados, pues no es la verdad o falsedad de las oraciones, sino la secuencia de éstas la que determina la configuración global o trama. La mirada se vuelca a la tradición, puesto que las formas de la narración son una especie de residuos sedimentarios de formas tradicionales de relatar, de ahí que se indique que las narraciones tienen raíces, que no es otra cosa que una vieja y ancestral forma de hacer pequeñas historias; iv) asimismo, la narración se especializa en la producción de vínculos entre lo excepcional y lo conocido, de tal manera que lo canónico y lo inusual de la vida humana se estrechan mediante la narrativa, pues dota a ambos de legitimidad, así lo

inusual y lo extraño se vuelven inteligibles. La continuidad de ciertos patrones culturales, al menos en una de sus vertientes, se posibilita por su capacidad para resolver conflictos, para explicar las diferencias y renegociar los significados de los grupos. Dicha negociación de significados es posible mediante el aparato narrativo de que dispone una sociedad para hacer frente a lo canónico y lo excepcional (Bruner, 1990/1991; 2014). Siendo lo significativo un logro humano (Shotter, 2001).

Lo expresado es narrado desde alguna perspectiva en particular. Las personas cuando hablan también van determinando qué consideran memorable y qué no: “cuando las personas *hacemos memoria*, mediante nuestro discurso sostenemos, reproducimos, extendemos, engendramos, alteramos y transformamos nuestras relaciones [...] la memoria de cada persona cambia en la relación y cambia las relaciones” (Vázquez, 2001, p. 115, cursivas en el original). En última instancia, la memoria es narrativa en un doble sentido, como relato de progresión de acontecimientos en el hilo del tiempo, y como conformación de una trama (con actores, escenarios y acciones), y de ser verosímil, no verdadero, es aceptado en la medida en que se adecúe o acerque a criterios validados socialmente, pues existen formas convencionales de cómo narrar o dar cuenta de los eventos, y lo que se narra debe tener sentido. Pueden encontrarse muchas narraciones, pero no todas son aceptadas como válidas (Gergen, 1994/1996), y al mismo tiempo, se otorga significado a las vivencias presentadas que resultan relevantes. Asimismo, la narración posibilita, de alguna forma, que la memoria se integre en la “práctica constructiva humana y las personas adquieran sentido y protagonismo al incluirse en el relato” (Vázquez, 2001, p. 109) y, de no encontrarse incluidos en la narración, al menos construirlas y manifestarlas, sentirse de alguna manera parte de eso que se narra. Cobrando, de esta manera, sentido la existencia humana (Bruner, 2014; Shotter, 2001).

Sintetizando: un relato es una historia que inicia apeándose a lo ordinario compartido, situación que después se altera, y continúan las acciones que se efectúan para restaurar lo ordinario compartido, para tener una versión nueva de la situación, concluyendo con un resultado. En ese sentido, la narración articula distintos discursos en la vida cotidiana (Cabrera, Iñiguez y Vázquez, 2000), pues “la

narración es la articulación de sucesos y datos aparentemente aislados y sin relación en un todo cohesivo e interdependiente” (Fernández Christlieb, 2006, p. 74). En efecto, las narrativas son “formas discursivas que interconectan acontecimientos y entrelazan diferentes actores (sujetos, objetos) entre sí de una forma particular” (Martínez y Montenegro, 2014, p. 112). O como bien lo plantea Clifford Geertz (2001): en la narrativa se implican los discursos, los actos de habla, la interpretación de la cultura, la memoria y constituyen una hermenéutica de la vida cotidiana.

LA FORMA DEL ESTUDIO

En términos metodológicos, la investigación realizada (de la cual forma parte el presente trabajo), tiene como fuentes para la reconstrucción del movimiento estudiantil de 1968: i) textos-testimonios, cuyos autores fueron participantes de aquel movimiento; ii) compilaciones de materiales gráficos y volantes del movimiento; iii) eventos públicos realizados recientemente, como mesas, foros, coloquios, conferencias, presentaciones de libros, entre otros; iv) entrevistas recientes a distintos actores: a) dirigentes y participantes; b) testigos; c) jóvenes que participan en alguna actividad relacionada con la conmemoración del movimiento, esto es, aquellos que se sienten herederos de dicha gesta. En total, se realizaron 300 entrevistas, la mayoría en la Ciudad de México, aunque no todas las personas entrevistadas eran a vecindades de esa ciudad.

En cuanto a la narración, ésta no es sólo una perspectiva y una visión teórica sobre lo humano, pues también deviene forma de trabajo y análisis. La narrativa, como lo señalan Barbara Biglia y Jordi Bonet (2009) es también un método-proceso de investigación, que posibilita hablar sobre lo humano y sus vicisitudes, es un sitio donde lo personal y lo social se entrecruzan, es un diálogo entre investigador e investigado, un proceso en el que puede hablarse de “prácticas discursivas”, porque las narrativas van recreando y reconstruyendo la realidad que van relatando: las narrativas son una acción conjunta.

En el abordaje narrativo se desdibujan dicotomías tales como la de personal-social y micro-macro, pues se da cuenta de ciertas singularidades y cánones de cómo narrar, y cómo es que estos elementos confluyen en las personas. A

diferencia de otras formas de aproximación discursiva, la narrativa se interesa por la trama y el ensamblaje de eventos y personajes que se van delineando en la narración. De igual forma, en el abordaje narrativo quien narra tiene un lugar preponderante, constructorista (Martínez y Montenegro, 2014, p. 114).

En cuanto a la parte técnica, la forma de trabajo, Biglia y Bonet (2009) la denominan como “narrativas discontinuas”, no se trata de construir un texto único y continuo sino de dar cuenta de las distintas voces con cierta autonomía. No se homogenizan las respuestas, ni se trata de presentarlas como un pensamiento único, sino de dar cuenta de distintos puntos de vista en un mismo discurso o narrativa, ofreciendo espacio a los protagonistas. En este caso, hay una reconstrucción narrativa del movimiento de 1968.

Para fines de exposición, los fragmentos de las entrevistas que aquí se presentan, cuando los nombres aparecen es porque así lo autorizaron, en los casos en que los entrevistados solicitaron un seudónimo así aparecerán. En cuanto a las categorías o ejes, cómo se reconstruye la memoria y cómo se organiza la información, éstas surgen de la propia narrativa de los entrevistados, en consecuencia, así se exponen.

MEMORIAS Y NARRACIONES DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1968

Medio siglo más tarde de aquel movimiento que concluyó en una matanza, quienes participaron como brigadistas o dirigentes, quienes fueron testigos o quienes se consideran herederos de ese acontecimiento, relatan, comunican, narran, dan cuenta de ese evento, reconstruyen lo ocurrido, significando así el acontecimiento. La memoria se reconstruye mediante la narración, haciendo presente lo sucedido: las narraciones son recursos convencionales, construcciones abiertas a la re-elaboración continuada a medida que la interacción discursiva progresa: las personas no consultan un guión interno, sino que recurren a un instrumento lingüístico incrustado en las secuencias convencionales de acción y es empleada en las relaciones con los otros, de tal suerte que lo que se dice, hace presente el evento relatado (Bruner, 2014; Gergen, 1994/1996).

En este apartado se trabajan tres categorías, que se analizan en el marco de las memorias colectivas, son fragmentos discontinuos que permiten tejer las narrativas de los entrevistados (Biglia y Bonet, 2009).

Momentos de 1968

Los sucesos que atraviesan la vida humana se representan, se contienen y, al paso del tiempo, se recuerdan. Dichos sucesos deben ser significativos, de cierta manera relevantes, para quien los contendrá, pues de lo contrario tienden a diluirse, evaporarse, no aparecen en el pensamiento. Los extractos de relatos que a continuación se presentan, dan cuenta de lo que se recuerda o lo significativo de lo ocurrido en ese movimiento de 1968. Los entrevistados ponen de manifiesto narraciones tangibles de esa gesta mexicana.

Como ocurre con una participante de la marcha conmemorativa del 2 de octubre, Isaura, estudiante de 30 años, quien relata:

Hubo una concentración que, digamos, obedecía todo un proceso, eh, de movilización, no solo del sector estudiantil, sino de diferentes sectores de la sociedad, en un momento en el que a las estructuras gubernamentales y a los sectores empresariales (risas) no les convenía que hubiera un viraje hacia la izquierda y, bueno, por [...]. También por intereses internacionales, por mostrar su mano férrea (risas), eh, se tomó esa medida represiva, que afectó no sólo al sector estudiantil organizado sino a otros movimientos que venían, digamos, incorporándose y manifestando el malestar social que, que estaba latente y que hasta la fecha, digamos, sigue presente en la sociedad mexicana... y, bueno, el dos de octubre hay una concentración en Tlatelolco, se dan las condiciones para la represión. (Isaura, comunicación personal, 2 de octubre de 2016)

En el relato aparecen distintos actores, los estudiantes por un lado y otros sectores de la población que apoyaban a aquellos, y por el otro lado los empresarios y una entidad etérea internacional. En todo caso, dos bandos, como se ha ido narrando el 68 mexicano: dos bloques, mediante los cuales las diferencias internas se diluyen y de esa forma se hace comprensible lo ocurrido, en términos de opuestos. Y, por supuesto, aparece el emblemático Tlatelolco y la referencia a ese fatídico 2 de octubre: la represión, que constantemente se menciona en los discursos alusivos a ese año (Volpi, 1998).

En el siguiente fragmento se va narrando desde una posición personal, un relato que implica, que brinda una posición y desde donde se va

reconfigurando ese año y los sucesos, resultando así un esquema narrativo y de memoria acorde con la situación social y política en que se encontraba inmerso quien narra:

Bueno, yo tenía 10 años de edad, entonces donde viví es ahí cerca de Balbuena, [cerca estaba] la Dirección General de Policía y Tránsito, ajá, este [...] ahí era el depósito de todos los camiones de granaderos, de patrullas, motocicletas de la dirección ésta, y cuando fue el 68 [...] venían los tanques antimotines, se oían los motores a lo lejos [...] no muy lejos de ahí estaba la prepa 7, entonces yo pasé por ahí una que otra vez y veíamos ahí que el ambiente estaba cabrón pues eran puros estudiantes, o sea era un ambiente fuerte, estaba en el mero mero del 68. De hecho, ahí en la colonia cayeron detenidos varios estudiantes y no estudiantes de ahí [...] y ¡puta madre!, pues que cayó uno de mis hermanos ¡en la madre!, ¡nooo!, ¡putaa! Para la cuestión de la... tradición familiar eso era algo así como muy marcador, muy marcador o algo que te marcaba mucho, tener un hijo preso ¡puta madre!, era lo peor... y yo realmente de los demás no me acuerdo, excepto de mi hermano, de los demás yo no me acuerdo. Ya hasta el 71... (Jaime, comunicación personal, 2 de octubre de 2017)

Actualmente es activista de un movimiento social, y Jaime pone en juego una narrativa en la cual el lugar en que vive deviene marco social, un punto de anclaje, de apoyo, desde donde reconstruye lo que recuerda de ese 1968: policías, patrullas, tanques antimotines, detenciones y al hermano que se lo llevan detenido. Habla de tener conciencia años después, cuando se desarrolla otro movimiento, el de 1971, que termina en otra masacre: el jueves de corpus, 10 de junio de 1971. Asimismo, brinda elementos sobre la solidaridad: su barrio, como otros tantos en la Ciudad de México, fue solidario con el movimiento de los jóvenes que desafiaban el autoritarismo. Comida, dinero, cobijo, resguardos, son distintas formas en que la sociedad, la gente, los barrios apoyaron a los jóvenes del 68, incluso en las refriegas, en la defensa de sus colegios, cuando los granaderos o la policía intentaban tomar alguna escuela, como ocurrió entre el 19 y 22 de septiembre en Zacatenco (escuela del IPN): “con ayuda de los vecinos, que desde sus azoteas avisaban por dónde venían los granaderos, entonces se les sorprendía por la retaguardia. Los jóvenes de los barrios proletarios de Ticomán, Acueducto, Cuauhtepac, La Presa y otros, apoyaron la resistencia”, reconstruye en su testimonio Guillermo Palacios (2018, p. 133). El apoyo y solidaridad del denominado pueblo del que gozó en todo momento el movimiento, aquí se pone de manifiesto, en los carteles y volantes se podía leer al inicio: “Únete pueblo”.

La gente rodeaba de solidaridad al movimiento, al tiempo que solicitaba el apoyo del movimiento; en efecto, grupos de ciudadanos, trabajadores, campesinos, empleados, que tenían dificultades “comenzaron a acercarse al Consejo Nacional de Huelga en busca de apoyo para la solución de sus problemas” (Guevara, 2004, p. 171). Más adelante, cuando la policía y el ejército intentan la toma del Casco de Santo Tomás (IPN), se recordará cómo “las azoteas de las vecindades fueron lugar de refugios, pero también puestos de observación para advertir los movimientos de las fuerzas represivas” (Palacios, 2018, pp. 140-141).

Quien fuera un líder del movimiento y en su momento representante del CNH expresa:

Es un punto de partida para una nueva manera, en México, de abordar y ver la vida y la política, no tengo duda [...] yo digo que en el 68 estábamos en una situación parecida a la de hoy, de una crisis política que comenzaba, crisis de credibilidad y veníamos de un tiempo muy largo de un gobierno de partido único que era el PRI, un gobierno que yo, en tono de burla, decía: sólo tenía certidumbre. Cuando el primero de diciembre tomaba posesión el presidente y veías el gabinete, ya sabías quién era el próximo presidente de la República, porque no había competencia. (Félix Hernández Gamundi, comunicación personal, 2 de octubre de 2017)

El autoritarismo que ronda esos años es lo que se evoca; la ruptura deliberada que se plantea con ese medioambiente, es en parte lo que alimenta al movimiento y que un amplio espectro de jóvenes de diversos barrios, de universidades privadas y públicas compartían. Una especie de hartazgo estaba presente, y la represión disparó ese estado de ánimo colectivo (González, 1971). Asimismo, se expresa la crisis de credibilidad de la clase política y sus instituciones; de hecho, a decir del narrador, se encuentran semejanzas entre el clima de 1968 y el actual, al menos en esos rubros.

En otro extracto de entrevista, un estudiante de 23 años que pertenece a un colectivo anarquista narra:

Se dio como, como lo dice el grandísimo presidente: aguantaron hasta extremos criticables, supuestamente ¿no?, entonces la organización, la presión, que estaban ejerciendo los estudiantes no nada más con lo de la movilización aquí, sino la movilización a nivel mundial, como se estaban llevando a cabo las manifestaciones en el mundo, en Europa, en Francia, en todas esas partes, los influenciaron mucho ¿no?, nos dejaron muchas enseñanzas, como los estudiantes pueden darnos mucha esperanza, mucha voluntad a la hora de organizarnos, a la hora de querer formar un mejor

mundo, un mundo donde quepan más mundos, es una de las cosas más importantes y aquí estamos y aquí seguimos por eso. (Aldo, comunicación personal, 2 de octubre de 2017)

En este caso, lo que aparece en el relato es una idea formada alrededor de un discurso contemporáneo, de un movimiento social que demanda la inclusión de distintas formas de vivir y pensar, el zapatismo, que proclama la armonía entre distintas expresiones. A ciertos sectores juveniles este discurso les ha impactado y aquí se pone de manifiesto: elementos del presente que interpretan el pasado, que es una forma que cobra la memoria. Asimismo, se posiciona como estudiante, como lo fueron los que participaron en el 68, y señala la importancia de seguir en la conmemoración. Así se va configurando la memoria colectiva, recuperando elementos que le resultan significativos, y desde su postura libertaria interpela al poder, citando lo que en su momento el presidente Díaz Ordaz declaró: “hemos llegado hasta extremos criticables”, preludiviendo que habían aguantado mucha protesta en ese 1968, y que se acercaba una salida dura.

Lo que podemos notar en los distintos fragmentos de las entrevistas presentadas son elementos de memorias colectivas que se van reconstruyendo desde el presente: se van narrando fragmentos de lo acontecido, aquello que los grupos han mantenido como puntos fijos, dignos del recuerdo. Mediante narraciones, se hace familiar ese suceso que ocurrió 50 años atrás, además de aprender de sus enseñanzas. Como bien dice Jorge Volpi: “1968 ha pasado a la historia, de modo casi exclusivo, como el año de las revueltas juveniles. Y, en México, como el año de la masacre de Tlatelolco” (1998, p. 417). Pero no sólo eso, es también el año de movilizaciones, de solidaridad, de apoyos, de marchas multitudinarias, de atentar contra el autoritarismo, de intentar modificar ciertas prácticas sociales, políticas y culturales. Y eso es lo que recuerdan los testimoniantes, los entrevistados; ese material es el que les han comunicado, narrado, a los jóvenes, que se lo apropian y ahora lo relatan. De ahí la relevancia de la narrativa, tal cual lo plantea Jerome Bruner: hay que interesarse, como objeto de trabajo, en lo que la gente dice: “no sólo en lo que *hace* la gente, sino también en lo que *dicen* que hacen”, asimismo hay que hurgar “lo que la gente *dice* que han hecho los otros y por qué [...] cómo dice la gente que es su mundo” (Bruner, 1990/1991, p. 31). En

efecto, como también lo plantea Mijail Bajtín (1979, p. 305): las personas despliegan actos, prácticas, que se interpretan significativamente, y se construyen testimonios, explicaciones y relatos, un texto comprensible. En consecuencia, la investigación se convierte en interrogación y plática, es decir, en diálogo.

A 50 años del 68: cambios y ecos

El 68 mexicano ha dejado más que huella, su impacto y su influencia se ha mostrado en otros movimientos sociales, por ejemplo, en los estudiantiles de 1986-1987 y 1999 en la UNAM, donde, por citar un caso, la solución a sus pliegos petitorios atravesaba por un diálogo público. En otros ámbitos, políticos y sociales, también su influencia se ha mostrado, como la creación de organizaciones y partidos de izquierda (Escudero, 1988) o los movimientos por la lucha de vivienda en la Ciudad de México.

A continuación, se presentan fragmentos de entrevistas que dan cuenta de lo que algunos participantes consideran ha cambiado, y lo que no ha cambiado también lo señalan.

En la presentación del “Colectivo memoria en movimiento”, Luis Meneses, quien fuera líder del IPN, a 50 años de los sucesos del 68 relata:

Nuestra aportación como movimiento estudiantil a la vida democrática del país era inmensa, era ejercer en la práctica una democracia participativa, y a partir de ahí construir nuestros mecanismos de representación como lo era el Consejo Nacional de Huelga y los comités de huelga de cada escuela. En ese tiempo, el gobierno autoritario de [Gustavo] Díaz Ordaz nos acusaba del delito de disolución social, ahora el gobierno de [Enrique] Peña Nieto nos puede acusar del delito de atentar contra la seguridad interior, son los mismos autoritarios, son los mismos represores, Díaz Ordaz reprimió a los estudiantes, Peña Nieto destruyó el edificio. (Luis Meneses, comunicación personal, 9 de mayo de 2018)

Quien relata, realiza una analogía, y compara dos tiempos, el 68 y el actual. En ciertos ámbitos hay cambios: la forma de practicar la democracia, que otros movimientos retomaron, como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y su democracia representativa o el Consejo General de Huelga de 1999 en la UNAM y su representación rotativa, son muestra de esa alteración en las maneras de practicar la política. Son ecos del 68. En otros rubros, parece que las cosas no se modificaron, como en el caso de la represión, pues la percepción es que los presidentes, el de entonces y el de hoy, han

actuado de la misma manera y, de hecho, se denuncia que sigue habiendo autoritarismo de parte de la presidencia. En eso no hay cambios. En cuanto el denominado delito de disolución social, cuya derogación era un punto del pliego petitorio del movimiento, provenía de los años cuarenta, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, para evitar el sabotaje y la rebelión, se creó como transitorio, pero se mantuvo hasta 1970, y se utilizó como argumento para reprimir la disidencia en diversos momentos (Scherer y Monsiváis, 1999).

Retomando el uso del artículo señalado, en este otro fragmento, una dirigente del movimiento da cuenta de qué se ha modificado a 50 años de distancia:

Bueno, definitivamente antes no podríamos haber marchado, antes no podíamos salir, había unos artículos 145 y 145-bis, con los cuales no podías reunirte... porque ya te estaban acusando de disolución social. Yo fui sentenciada a 16 años por 10 delitos, uno de ellos era precisamente el de... un delito de disolución social, entonces qué ha cambiado, pues de que podemos estar marchando, que podemos salir a las calles, que exigimos libertades, pero también no ha cambiado en el sentido de la impunidad. A lo largo de 50 años, que se van a cumplir el próximo año, no ha habido, más bien ha habido muchas matanzas, masacres, desapariciones y todo. Entonces, tenemos que seguir manifestando, porque ha cambiado, sí, México no es el mismo, México del 68 hacia atrás es uno, del 68 para acá es otro. (Ignacia Rodríguez, comunicación personal, 10 de junio de 2017)

Ignacia Rodríguez, conocida como “La nacha”, marcha en distintas manifestaciones, se presenta en distintos foros, brinda testimonio sobre su presencia al frente del movimiento, recuerda, se enferma y sigue protestando. Son dos diagnósticos que realiza, parecen contrapuestos, pero son dos ámbitos a los que alude. Cuando habla sobre la represión, señala que nada ha cambiado cinco décadas después: las masacres que recientemente se han efectuado, como las ocurridas en distintas comunidades campesinas del país, a manos del ejército, así como las desapariciones de los 43 de Ayotzinapa, estudiantes normalistas del sur del país, así lo muestran. En otro ámbito, el de la participación, se ha modificado el escenario, pues antes del 68 se debía pedir permiso a las autoridades para marchar, ahora se puede manifestar sin complicaciones. Hay otro tipo de libertades y eso es lo que se exige, que se mantengan ciertos derechos.

Semejante argumento se encuentra en un integrante del “Comité del 68”, quien expresa el

antes y después del movimiento en función de ciertas libertades, como la de manifestación:

Cuando yo era joven, no podíamos marchar, no podíamos hacer reuniones de más de diez personas, no teníamos libertad de expresión, no podíamos hablar y el gobierno siempre nos masacraba, no permitía manifestaciones como éstas, ni al pueblo este... pues, manifestarse, aunque muchas veces no, no vale nada, pero, sin embargo, tratamos de expresar nuestras palabras hacia el pueblo. (Andrés, comunicación personal, 10 de junio de 2017)

La entrevista se realizó durante una marcha, de ahí que narre que eso no ocurría antes; y que no había libertad de expresión, y ahí uno puede recordar la imagen del 68, en que los rostros que se muestran están amordazados. Ahora, eso puede realizarse, ese es el cambio señalado, lo cual señalan una y otra vez aquellos que participaron en las manifestaciones de 1968.

Esos cambios, algo tenues, se reconocen, aunque se considera que falta mucho por lograr. En ese sentido, se manifiesta otro entrevistado de 49 años, éste de la comunidad gay:

De manera radical no, de manera profunda no, el cambio profundo no se ha dado, ha sido muy lento, muy gradual, fue un motor para presionar e ir avanzando en pequeños eeh, cambios en las legislaciones políticas o electorales principalmente, y bueno, la capital de la República ha tenido avances que no ha tenido el resto del país, y lo podemos ver en la cuestión que nos compete a los homosexuales, de los derechos de la diversidad a ser iguales al resto de la población. Pero bueno, no ha sido un cambio profundo, ni para la misma capital, mucho menos para el resto del país, hay mucho por hacer. (Gabriel, comunicación personal, 2 de octubre de 2016)

Cambios no a profundidad, pero cambios, como los de las reformas políticas posteriores al movimiento estudiantil. Se reconocen ciertos avances, se señalan ciertos logros, incluso para los grupos denominados minoritarios, y se indica que es en la Ciudad de México, lo cual no ocurre en el resto del país. En este relato se implica quien narra, pues de eso trata la narración: posicionarse, situarse, dar cuenta de la confluencia entre lo personal y lo social, entre lo personal y la realidad: las narrativas y los discursos construyen la realidad, al menos de dos formas: i) los relatos construyen versiones del mundo y ii) y esos relatos sobre el mundo son construidos por sus participantes (Cabruja et al., 2000). Narrar es dar cuenta sobre uno mismo, sobre el Yo, y saberse perteneciente a un grupo, en este caso a la comunidad gay.

Esta forma en que se presentan los relatos, el contenido de lo dicho, nos muestra cómo se concibe el presente en función de lo ocurrido tiempo atrás, pues así también se manifiesta la memoria colectiva: los grupos se saben y se expresan en función de ciertos elementos identitarios, como lo relatado por el integrante del grupo de homosexuales. Al mismo tiempo, puede observarse una idea sobre los derechos que ahora se tienen, y que no existen en otros estados del país, esos logros que vienen de un largo aliento y que posibilitan expresiones que antes no se posibilitaban, como las mismas marchas, pues ahora no hay que solicitar consentimiento de la autoridad. Eso que cuestionaba el movimiento estudiantil de 1968, el autoritarismo rampante que se encontraba en todos lados: “en 1968 el problema no es la escasez de héroes sino la sobreabundancia del autoritarismo” (Scherer y Monsiváis, 1999, p. 252), contra ese autoritarismo también se luchaba, y ahora se reconoce el efecto de ese movimiento en la formación de una, aunque incipiente, cultura democrática, aunque otros tantos puntos cuestionables permanecen.

Qué significa el movimiento de 1968

La memoria tiene como eje lo significativo, esto es, los sucesos que cobran cierto significado para un grupo serán los que se recordarán al paso del tiempo. Esos significados los grupos nos los suministran, como la conmemoración del nacimiento, de ciertas tragedias, como la muerte o los terremotos, como la reivindicación o conquista de un derecho, o la conmemoración de una masacre: es la sociedad la que nos indica, a través de los grupos, qué incorporamos como parte de nuestra memoria.

En los fragmentos que se presentan a continuación, las personas entrevistadas expresan el sentido que para ellos cobra el movimiento de 1968; relatan, significan, reconstruyen, a su manera:

¿Qué significa? [...] Más que nada [...] alzar la voz, decir que ya estamos cansados de tantas represiones en contra de los estudiantes, en contra de civiles que iban caminando simplemente por ahí. Ya es suficiente que nos estemos dejando, que nos estén golpeando, que nos estén reprimiendo, porque simplemente estamos exigiendo nuestros derechos. (Natalia, comunicación personal, 2 de octubre de 2016)

Esta estudiante normalista de 19 años nos habla de enseñanza sobre el presente, aprendizaje de lo que no debe volver a suceder,

ejemplo para protestar, entre otras cuestiones, esto ha representado el movimiento de 1968: el significado no sólo es de dolor y condena, por la represión vivida, sino de enseñanza para el presente, que es uno de los postulados de la memoria (Mate, 2005). Lo cual es así presentado por una joven que se siente heredera de esa gesta, y participa en las marchas de conmemoración del 2 de octubre. Otro marchista, un autodenominado activista independiente de 25 años, quien se siente convocado año con año a las manifestaciones alrededor del 68, relata:

Para mí es identidad, porque en ese tiempo eran jóvenes como yo, que estaban alzando su voz para, pues no dejarse por la represión que el gobierno tenía en contra de ideas diferentes, que ellos creían [...] y pues ahora por eso yo estoy aquí, para poder seguir levantando la voz, porque pues, como antes y como hoy, se siguen viviendo muchísimas injusticias. (Activista independiente, comunicación personal, 2 de octubre de 2016)

El relato es de identificación: ser joven en aquel entonces y ser joven en la actualidad implica rebelarse, no aceptar el *estatus quo*, como rezaba la frase del entonces presidente chileno Salvador Allende, que recorrió diversos círculos críticos: “ser joven y no ser revolucionario, es una contradicción”, frase que se repetía una y otra vez en carteles, mantas y mitines. Más allá de identificarse, el 68 brindó elementos identitarios, como lo expresa el entrevistado, puesto que esa identidad, ese Yo “no puede separarse de la sociedad particular que lo produjo ni de las circunstancias históricas que lo va delimitando” (Iñiguez, 2001).

De igual manera, cierta aura de izquierda internacional tenía el 68 contestatario, como lo reconoce un participante que en ese entonces era estudiante, y actualmente es profesor universitario:

En el 68 las generaciones estaban creciendo y ya no se dejaban como antes, y no nada más en México fue, fue en todo el mundo. En Praga fue en la primavera, en mayo fue en la Sorbona en París, y en todo el mundo estaban enviando a... a los jóvenes en Estados Unidos a la Guerra de Vietnam y... y estaban creciendo los jóvenes, y las mujeres se estaban liberando: que se vestían igual que los hombres; y los hombres igual que las mujeres, se empezaron a dejar el pelo largo en... en los años sesenta y... fueron llamados Hippies y el símbolo de ellos era este [muestra su collar con el símbolo hippie de la paz], y para parar la guerra y lo establecido hicieron conciertos como el de Monterey Pop, el de Woodstock, y en México la juventud fue golpeada dos veces: fue en el 68 y el 10 de junio del 71. (Pedro, comunicación personal, 2 de octubre de 2017)

Quien narra vivió y se impactó con los sucesos relatados, reconstruye desde el presente y su posición de docente universitario, rehace con elementos diversos el contexto de ese año, no sólo las gestas estudiantiles en otras latitudes, sino que le pone un marco cultural a la protesta: los festivales de rock, el movimiento hippie y las protestas contra la guerra estadounidense en Vietnam. Ese contexto le brinda otros elementos de significación al 68 mexicano: su inscripción en un oleaje colectivo internacional de protesta juvenil, en que la lucha contra el autoritarismo era un eje vital, un ímpetu que creía, impulsaba y construía una opción de “libertad para experimentaren otras formas de vida y convivencia [...] un movimiento en el que no se *está*, sino en el que se *vive*” (Ibáñez, 2006, p. 9).

Otra entrevistada brinda su postura, su punto de vista, al relatar el movimiento estudiantil desde una posición histórica de quiebre:

Es parte de nuestra historia, es un momento que marca, yo creo que no solo a los estudiantes sino a la sociedad y, en este caso, se debe encontrar qué es lo que realmente ocurrió [...] juzgando a las personas que tuvieron que ver con este hecho, y yo creo que eso es importante, en este momento, para nosotros, porque seguimos teniendo actos de represión. (Ana, comunicación personal, 2 de octubre de 2016)

Trabajadora de una universidad en la Ciudad de México, Ana esgrime que es un punto que marca la historia de México, como otros actores han señalado (González, 1971), un punto donde las instituciones dejan de gozar de credibilidad (Guevara, 2004), donde hay un cierre de caminos democráticos y sus vías (Woldenberg, 2014). Y ratifica lo dicho por otros entrevistados: la continuación de la represión.

En estas tramas narrativas hay implicaciones personales, a la gente un movimiento de esta envergadura no le marca la vida, sino que le impacta de forma tal que lo implica en una larga y ardua tarea, como lo narra el ex dirigente de ese 68, Enrique Ávila:

Para mí, en lo personal, cambió mi vida. Yo soy profesor de primaria a partir del 68, yo decidí que mi vida no podía estar así, decidí que tenía que participar con lo que fuera y como fuera para quitar al PRI. Para mí, el PRI es algo así como el quinto jinete del apocalipsis, todo lo que toca lo pudre, lo hecha a perder. (Enrique Ávila, comunicación personal, 2 de octubre de 2017)

En efecto, una narración brinda al narrador una particular oportunidad de autoconocimiento y de autopresentación, de hurgar en su

Yo, y lo sitúa frente a los acontecimientos y frente a los otros. En tal sentido, la narrativa personal también es social, en el entendido de que se produce a partir de marcos de credibilidad y tramas de discursos que se van relacionando intertextualmente (Aymá, 2015). Desde esas fórmulas se edifica la memoria.

Igualmente, significados diversos, pero no contradictorios, son los que se encuentran en estos relatos. Así es la memoria, múltiple, porque son grupos diferentes en los que se va labrando la vida, la identidad, la memoria, aunque remite ésta a un acontecimiento. El marco social, como esquema, permite que los recuerdos se inscriban en ciertas prácticas y significaciones, y esto es lo que se enmarca, se esquematiza y se narra, lo que constituye, en buena medida, la memoria colectiva. Lo cual, como se va mostrado en los fragmentos de entrevistas, puede realizarse desde el tiempo presente, desde ese marco se va relatando, y así el sentido de los sucesos cobra vigencia, pues no son sólo pasado: “el pasado es un desborde del presente. Está orientado desde el presente”, argumentaba Geroge H. Mead: desde el presente reconstruimos el mundo pretérito según los intereses actuales, lo es, asimismo, la propia “selección de lo que es significativo en la situación inmediata, el significativo que debe ser sostenido y reconstruido, pero su característica decisiva es que hace retroceder a las continuidades condicionantes del presente” (Mead, 1929/2009, p. 378).

Visto así, el pasado no ha terminado de pasar, no ha concluido. La memoria colectiva y las narraciones así lo van mostrando: el autoritarismo, la represión, las masacres salen a relucir.

UNAS IDEAS DE CIERRE

El estudioso de los movimientos sociales en México, Carlos Montemayor (2000) asevera: las masacres del siglo XX en el México que conocemos, se efectuaron contra pueblos indígenas, comunidades campesinas o grupos de oposición, en cambio la del 2 de octubre en Tlatelolco, fue dirigida contra jóvenes estudiantes. En un mitin pacífico, diversos francotiradores apostados en edificios de la Plaza dispararon contra la multitud y después contra los soldados que cercaban la concentración. Los soldados respondieron y la gente empezó a caer: durante años, tanto gobierno como ejército

afirmaron que los francotiradores eran estudiantes. Había, pues, una versión oficial. Dicha versión la reprodujeron numerosos medios de comunicación en México (Mergier, 1998; Scherer y Monsiváis, 1999).

Al movimiento estudiantil se le acusó de estar infiltrado por el movimiento comunista internacional, era la época de la Guerra Fría. La paranoia del gobierno llevó a ver conjura roja donde no la había, siendo la represión la respuesta. La manera en que concluyó el movimiento estudiantil de 1968, la masacre del 2 de octubre, ha dado pie a varias lecturas. Una de ellas, de quien fuera dirigente del movimiento, Gilberto Guevara Niebla (2004), manifiesta que en tanto que el movimiento había alentado la libertad y la democracia, la manera brutal en que se le aplastó en Tlatelolco trajo consigo miedo y confusión, produjo en los jóvenes una decepción profunda respecto a las instituciones democráticas y a algunos los llevó a la toma de las armas. Es lo mismo que concluye otro dirigente, Luis González de Alba: la represión del 2 de octubre de 1968 fue tan brutal que “sembraron la guerrilla de los años setenta a ochenta, la convicción de que los caminos democráticos estaban cerrados y eran un espejismo burgués” (2016, p. 39). Esta tesis no está del todo reconocida, aunque sí sustentada (Montemayor, 2010).

En virtud de ello se hacen necesarias las memorias colectivas de grupos que participaron y que narran lo ocurrido ese año y ese día. La disputa por los relatos en torno al pasado del México de la segunda mitad del siglo XX se ha acentuado en años recientes, en tanto que el gobierno mexicano, primero, se negó a aceptar los excesos del poder y el terror que desplegó en las décadas de los sesenta y setenta contra la oposición, especialmente las masacres estudiantiles de 1968 y 1971, y la represión a los señalados de ser guerrilleros. Los excesos del poder, la actuación represiva contra distintos movimientos disidentes ha sido un relato ocultado, es decir, no se reconoce que fue una lógica de Estado y su ejercicio de violencia, por eso se le denomina “violencia de Estado” a la represión de dichos movimientos sociales (Montemayor, 2010, p. 9). Sobre esta lógica, y en el tono del trabajo aquí desarrollado, podría suscribirse lo siguiente: “ante tanta amnesia social, ante el olvido que resta comprensión a la vida, nunca estará de más volver al pasado, contarlo y reflexionar sobre él.

Máxime tratándose de acontecimientos tan dramáticos” (Woldenberg, 2014, p. 15). En efecto, porque cuando se piensa el pasado de forma distinta a cómo trata de imponerlo la versión oficial se puede pensar en una acción de resistencia (Piper, 2005).

El movimiento estudiantil de 1968 no fue un plan diseñado desde fuera o dentro del país, no surgió tampoco de manera espontánea, pues se va edificando, en buena medida, por la respuesta autoritaria y represiva del régimen mexicano a medida que pequeños brotes de inconformidad se van manifestando. Lo cierto, también, es que había ya para ese tiempo cierto enojo, hartazgo, molestia, un estado de ánimo enconado hacia las formas autoritarias que envolvían la práctica política en diversas instituciones del México de la segunda mitad del siglo XX (De la Garza, Ejea y Macías, 1986). Así puede entrecerse en los relatos que ha explorado el presente trabajo.

Asimismo, las narraciones de sus protagonistas o quienes se sienten herederos de ese movimiento dan cuenta de diversas posturas a 50 años, de cómo lo significan y cómo lo reconstruyen al paso del tiempo, y la actualidad de esa hazaña. Las voces diversas van armando un rompecabezas sobre un evento que, ciertamente, marcó al país y a una buena parte de su sociedad, y cuyas repercusiones en el presente se plasman en derechos sociales y políticos, como la libre manifestación o los derechos de las comunidades homosexuales en la Ciudad de México.

Por eso es que muchos sesentayocheros y jóvenes, año con año marchan: conmemorar para conjurar el olvido, esa es la consigna en las manifestaciones, es el supuesto que alimenta diversas prácticas, que alimentan el recuerdo social. Participar en una marcha es una práctica social, otra práctica social es el discurso, en este caso, la narración: narrar no sólo lo grato de la vida, sino las tragedias, para que no caigan en la desmemoria, en este caso, narrar el 68 con todo y sus dolores. Desde una temprana edad, en nuestra cultura, interiorizamos la narración, dijo alguna vez el historiador Enrique Florescano, cuando nuestras madres nos narran pequeñas historias sobre el pueblo, la comunidad, la familia, la casa, los hermanos, el país, el pasado, la vida en sentido estricto (Florescano, en Mendoza, 2015). Después, a una edad más avanzada, solemos hablar sobre nosotros mismos en términos narrativos. Los

sucesos sociales, políticos y culturales no cobran otra forma sino la narrativa cuando de ellos hablamos: “como prácticas discursivas, las narraciones no sólo son palabras sino acciones que construyen, actualizan y mantienen la realidad” (Cabruja et al., 2000, p. 68). Y el 68 es un fenómeno narrativo de un pasado significativo para diversos grupos sociales, políticos y culturales que se alimentan ideológica, política o culturalmente de él. Justo eso es lo que hay que reconstruir y narrar, para conocer y ampliar el pasado, o como lo dijo Rom Harré (2001): el reconocimiento de la palabra implica el conocimiento de asuntos de la realidad, en este caso sobre el movimiento de 1968 y sus intersticios. Comunicar lo sucedido a una nueva generación, para forjar representaciones y recuerdos compartidos en los jóvenes, y así conocer que los enojos del presente son, asimismo, los enojos de otros tiempos (Fernández Christlieb, 2016).

Ahora bien, para cerrar este trabajo, hay que insistir: las memorias colectivas de los grupos que carecen de poder deben enfrentarse a lógicas institucionales que omiten u ocultan los contenidos y relatos de los sitios de infamia. Hay que reconocer que en nuestras sociedades están instituidas ciertas formas de hablar del pasado, ciertas narraciones y desde ahí se enuncian u ocultan otros relatos, espacios y significaciones (Arboleda y Morales, 2016; Vázquez, 2001). Los relatos de poder van dejando silencios, huecos. De ahí la necesidad de contar desde otros ángulos, hay que narrar desde distintos lugares, desde diferentes ópticas, reconstruir disímiles relatos, tal y como lo señala Guillermo Palacios (2018, p. 5): recuperar la visión “de los que sin haber tenido antes ninguna otra experiencia, participamos entonces como brigadistas... se trata de saber qué pensábamos, qué aprendimos, por qué no nos dimos por vencidos”. Distintas narrativas amplían el panorama y rompecabezas del movimiento estudiantil de 1968, en consecuencia, otras memorias se hacen necesarias, para enriquecer el pretérito y saber de dónde se proviene para saber a dónde se va.

REFERENCIAS

Arboleda, Juan & Morales, Milton (2016). En Enán Arrieta (Comp.), *Conflicto armado, justicia y memoria. Narrativas de la memoria*, (pp. 67-83). Medellín: UPB.

- 1968 una cronología (1998, 1 de septiembre). *Nexos* <https://nexus.com.mx/?p=9001>
- Aymá, Ana (2015). Estigma y construcción narrativa: el *nosotros* y el *ellos* en relatos de una inundación. *Discurso & Sociedad*, 9(3), 222-248.
- Bajtín, Mijaíl (1979). *Estética de la creación verbal*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Biglia, Barbara & Bonet, Jordi (2009). La construcción de narrativas como método de investigación psico-social. Prácticas de escritura compartida. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 10(1), 1-25.
- Bruner, Jerome (1990/1991). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Bruner, Jerome (2002/2003). *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bruner, Jerome (2014). Cultura y pensamiento: su fecunda inconmensurabilidad. En Cristiane Moro & Nathalie Muller (Dirs.), *Semiótica, cultura y desarrollo psicológico* (pp. 33-54). Madrid: Machado.
- Cabruja, Teresa; Iñiguez, Lupicinio & Vázquez, Félix (2000). Cómo construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narratividad. *Análisis*, 25, 61-94.
- De la Garza, Enrique; Ejea, León & Macías, Luis (1986). *El otro movimiento estudiantil*. Ciudad de México: Extemporáneos.
- Escudero, Roberto (1988). Victoria o derrota. En Herman Bellinghausen y Hugo Hiriart (Coords.), *Pensar el 68* (pp. 181-183). Ciudad de México: Cal y Arena.
- Fernández Christlieb, Pablo (1991). *El espíritu de la calle. Psicología política de la cultura cotidiana*. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara.
- Fernández Christlieb, Pablo (2003). *Los objetos y esas cosas*. Ciudad de México: El Financiero.
- Fernández Christlieb, Pablo. (2006). *El concepto de psicología colectiva*. Ciudad de México: UNAM.
- Fernández Christlieb, Pablo (2016). El tiempo a los veinte años en el siglo XXI. En Octavio Nateras, Salvador Arciga & Jorge Mendoza (Coords.), *Psicologías sociales aplicadas* (pp. 315-323). Ciudad de México: UAM-I/Biblioteca Nueva.
- Geertz, Clifford (2001). Imbalancing act: Jerome Bruner's cultural psychology. En David Bakhurst & Stuart Shamker (Eds.), *Jerome Bruner. Lenguaje, cultura and self* (pp. 19-30). London: SAGE Publications.

- Gergen, Kenneth (1994/1996). *Realidad y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Gómez, Guido (1985). *Breve diccionario etimológico de la lengua española*. Ciudad de México: FCE/El Colegio de México.
- González, Luis (1971). *Los días y los años*. Ciudad de México: Era.
- González, Luis (2016). *Tlatelolco. Aquella tarde*. Ciudad de México: Cal y Arena.
- Guevara, Gilberto (2004). *La libertad nunca se olvida. Memoria del 68*. Ciudad de México: Cal y Arena.
- Halbwachs, Maurice (1925/1952). *Les cadres sociaux de la mémoire*. París: PUF.
- Halbwachs, Maurice (1941/2008). *La topographie légendaire des Évangiles en Terre sainte. Étude de mémoire collective*. París: PUF.
- Halbwachs, Maurice (1950/1968). *La mémoire collective*. París, PUF.
- Harré, Rom (2001). Norms in life: problems in the representation of rules. En David Bakhurst & Stuart Shamker (Eds.), *Jerome Bruner. Lenguaje, culture and self* (pp. 150-166). London: SAGE Publications.
- Ibáñez, Tomás (2006). *Por qué A. Fragmentos dispersos para un anarquismo sin dogmas*. Barcelona: Anthropos.
- Iñiguez, Lupicinio (2001). Identidad: de lo personal a lo social. Un recorrido conceptual. En Eduardo Crespo & Carlos Soldevilla (Eds.), *La constitución social de la subjetividad* (pp. 209-226). Madrid: La catarata.
- Martínez, Antar & Montenegro, Marisela (2014). La producción de narrativas como herramienta de investigación y acción sobre el dispositivo de sexo/género: construyendo nuevos relatos. *Quaderns de psicologia*, 16(1), 111-125. <https://doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.1206>
- Mate, Reyes (2005). *A Contraluz. De las ideas políticamente correctas*. Barcelona: Anthropos.
- Mead, George H. (1929/2009). La naturaleza del pasado. En George H. Mead (Ed.), *Escritos políticos y filosóficos* (pp. 375-381). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mendoza, Jorge (2015). *Sobre memoria colectiva. Marcos sociales, artefactos e historia*. Ciudad de México: Universidad Pedagógica Nacional.
- Merger, Ana (1998, 1 de octubre). Testimonios de Tlatelolco. *Proceso* (pp. 1-80). Edición especial.
- Montemayor, Carlos (2000). *Rehacer la historia. Análisis de los nuevos documentos del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco*. Ciudad de México: Planeta.
- Montemayor, Carlos (2010). *La violencia de Estado en México. Antes y después de 1968*. México: Debate.
- Palacios, Guillermo (2018). *De la protesta callejera a la lucha por otro mundo posible*. Ciudad de México: GP.
- Piper, Isabel (2005). Introducción ¿Olvidar o recordar? En Isabel Piper (Ed.) *Memoria y derechos humanos: ¿prácticas de dominación o resistencia?* (pp. 9-13). Santiago: ARCIS/CLACSO.
- Ramos, Ramón (1989). Maurice Halbwachs y la memoria colectiva. *Revista de Occidente*, 100, 63-81.
- Ramírez, Ramón (1969). *El movimiento estudiantil de México (Julio-diciembre de 1968)*. Ciudad de México: Era.
- Ricoeur, Paul (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife/Universidad Autónoma de Madrid.
- Scherer, Julio & Monsiváis, Carlos (1999). *Parte de guerra. Tlatelolco 1968*. Ciudad de México: Aguilar.
- Shotter, John (2001). Towards a third revolution in psychology: from inner mental representations to dialogically-structured social practices. En David Bakhurst & Stuart Shamker (Eds.), *Jerome Bruner. Lenguaje, culture and self* (pp. 167-183). London: SAGE Publications.
- Soto, Adolfo (2017). *Recordar en presente. Cine documental y memoria en México*. Mexicali, México: UABC.
- Vázquez, Félix (2001). *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Volpi, Jorge (1998). *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*. Ciudad de México: Era.
- White, Hayden (1987/1992). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós.
- Woldenberg, José (2014). Prólogo. En Rosa Albina Garavito *Sueños a prueba de balas. Mi paso por la guerrilla* (pp. 13-27). Ciudad de México: Cal y Arena.



JORGE MENDOZA GARCÍA

Psicólogo social, Profesor Titular de la Universidad Pedagógica Nacional, México.

DIRECCIÓN DE CONTACTO

jorgeuk@unam.mx

FORMATO DE CITACIÓN

Mendoza García, Jorge (2019). Memorias y narrativas del movimiento estudiantil de 1968 en México: a 50 años. *Quaderns de Psicologia*, 21(3), e1465. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.1465>

HISTORIA EDITORIAL

Recibido: 03/07/2018
Aceptado: 10/10/2019
Publicado: 15/11/2019